

Víctimas del absurdo

Francisco Prieto

Fue redescubierta su obra en Francia —aunque rusa de nacimiento y de crianza, la autora adoptó la lengua francesa— y ahora, al menos en España y en Italia, se han venido publicando todas sus novelas. Primero fue *Suite francesa* y en diciembre del 2011 *El vino de la soledad*. En México las impresiones y reimpressiones de sus libros, de la editorial española Salamandra, han circulado con buena fortuna.

Irène Némirovsky había nacido en Kiev en 1903. Llega a París con su familia en 1919 huyendo de la revolución bolchevique y muere por su origen judío en el campo de concentración de Auschwitz en 1942,

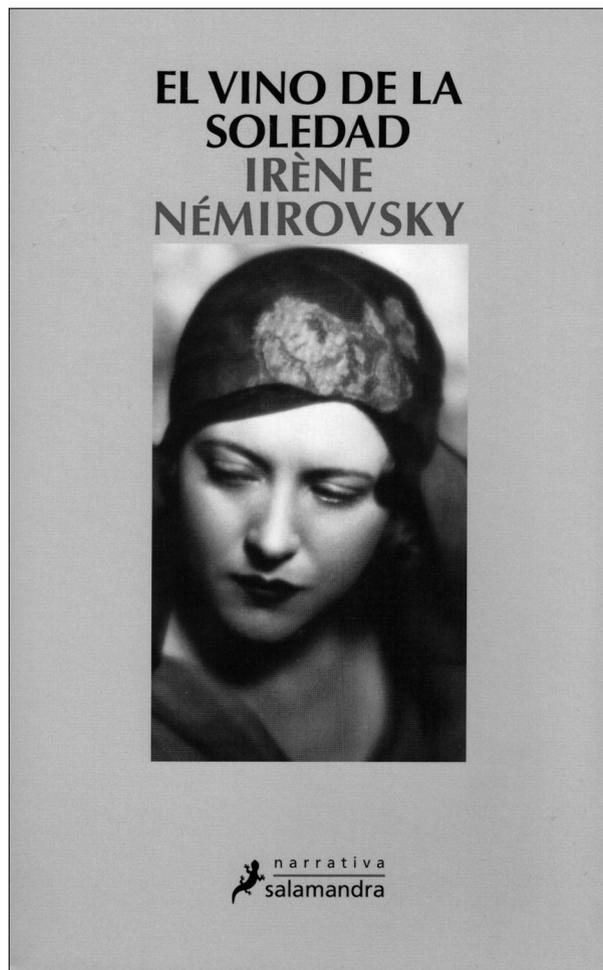
donde también, poco antes, fue exterminado su marido Michel Epstein. Ambos tuvieron dos hijas que ella encargó a una institutriz francesa —quien las escondió durante la guerra—, y les había dejado una maleta que ellas conservaron durante años. Un día se decidieron a abrirla y dentro estaba el manuscrito de una obra inconclusa y genial, *Suite francesa*. Como una de las hijas era editora, la obra fue salvada y publicada en 2004. Es interesante recordar que en 1929 la editorial Grasset publicó la primera novela de Némirovsky, *David Golder*; a la que siguieron otras con un considerable éxito de crítica, elogiadas, entre otros,

por Robert Brasillach, el autor de *Comme le temps passe*, animador de la revista anticomunista y pronazi *Je suis partout*, que se rindió ante el talento de la entonces joven escritora, venció sus prejuicios y dio un ejemplo de honestidad.

Némirovsky encarna, como pocos ejemplos, el absurdo que vivieron muchísimos seres humanos por la ola de antihumanismo de los totalitarismos de Hitler y de Stalin. Porque Irène Némirovsky era una extraña en su familia y en su tradición rusa y judía; de hecho se haría cristiana, junto con su marido, y bautizarían a sus hijas. Víctima de una madre frívola, que ya entrada

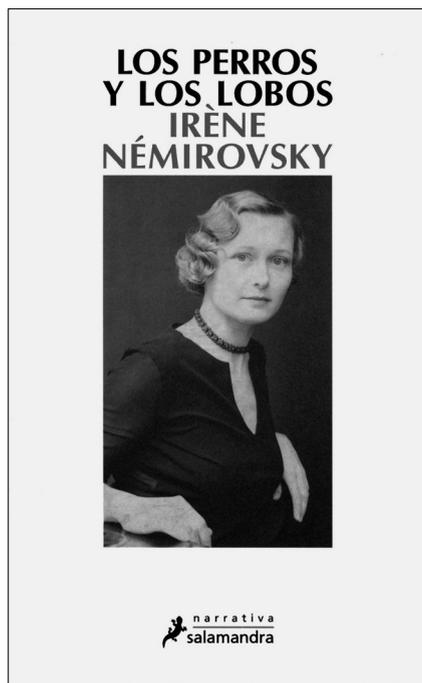


Irène Némirovsky



en años se resistía a la vejez, ignoraba a su hija y vivía en compañía de distintos gigolós —ni siquiera recibió a Irène en Montecarlo cuando en medio de la Francia ocupada ésta le había pedido ayuda—, de un padre que era un banquero con tanto talento para hacer dinero como para dilapidarlo en la pasión del juego, Némirovsky se llenó de odio al mundo de la burguesía, a las tradiciones tanto rusas como judías y tuvo que crearse una pertenencia a partir de un mundo que para nada le recordase sus orígenes. Se volvió deliberadamente cristiana —aunque el elemento religioso no se hace presente en sus libros— y francesa. No simpatizó tampoco con los movimientos revolucionarios de la izquierda del tiempo porque los padeció en el país natal —el fanatismo, la cerrazón, la irresponsabilidad mostrenca de los manipulados hacinados y protegidos en la masa—, comprendió el horror de los nacionalismos e intuyó su peligrosidad y presintió el horror de haber sido desposeída de la inocencia que puede llevar a un joven a un bando o a otro. Ella estaba condenada a ser un ente aislado y crítico, motivo de sospecha para la mayoría de los que la rodeaban y sin el consuelo que los exiliados reciben de compartir con sus paisanos un pasado y una esperanza de recuperación del mismo. Si desde mucho antes de la invasión alemana había marcado la distancia con el judaísmo, en un tiempo de definiciones a ultranza, fue orillada a una soledad que sólo aliviaban su marido y sus hijas. Creía que su editor Grasset, que tanto la admiraba, la defendería y a duras penas éste le pagó, clandestinamente, las regalías de libros que, finalmente, dejó de publicar para no ser él proscrito por los alemanes.

Pues bien, si *Suite francesa* sería la obra maestra inédita por más de cincuenta años, *El vino de la soledad* nos hace vivir el dolor inconmensurable de quienes se ven condenados a una existencia en un medio que les ajeno y del que son, simplemente, víctimas: una familia donde viven como criaturas en exilio y, por extensión, exiliadas también de una cultura. La protagonista, Elena, sólo se siente comprendida por su institutriz, una francesa solitaria en quien encuentra la bondad, el misterio de esas vidas guardadas celosamente que no se entregan a cualquiera pero que vela por ella y



le va dando lo mejor de sí misma. El amor a Mademoiselle Rose se va transfiriendo a Francia al punto de llegar a escribir y a expresarse mejor en esa lengua “extranjera” que en ruso. La novela se construye desde una entrañable experiencia poética de la soledad, la soledad que le va dando sentido de ser persona como un valor superior a ese otro de pertenencia a una comunidad: religión, patria, familia. Es desde el centro vital de ser persona como uno se va tornando un generador de decisiones, se va adueñando y luego creando su propia existencia, edificando la singularidad de donde toma asiento la dignidad esencial de la criatura humana para un día, desde la conciencia de la menesterosidad radical de ser humano, tener que establecer filiaciones y proyectos comunitarios; caer en la cuenta de que nadie se basta sólo consigo. La conciencia moral aparece en la voluntad de trascender la egolatría, de llegar a poder mirar al otro y a los otros, de unirse al otro rompiendo las barreras del yo, sometiendo la soberbia a la luz de la presencia del Amor. Porque *El vino de la soledad* es una novela que se dirige muy especialmente a todos aquellos para quienes vivir se les hizo difícil, que sintieron desde que tuvieron uso de razón que nada valioso nos es entregado gratuitamente y que se saben condenados a entrar por la puerta estrecha. Crearse a sí mismo, para esas personas, y es el caso de Elena, es conocer desde temprano la agonía.

En *El vino de la soledad*, Irène Némirovsky hace novela desde un fondo de realidad o de autobiografía. La atracción hacia el padre, la rivalidad con la madre que se entretiene con el amante en turno, la decepción ante un padre que la va desengañando y, por su dependencia erótica de la esposa, va llenando a la hija de envidia, de resentimiento, de odio a la misma madre, y todo ello para concretarse en el desprecio del uno y de la otra. Entonces, ¡saberse arrojado al vacío insondable! A Elena, como a muchas personas, la vida era siempre —y sería— cuesta arriba. Y a la creadora de Elena, o sea, a Irène Némirovsky, cuando ha conquistado al fin una lengua y una patria, hecho una familia, conocido la identidad como autora de novelas y el éxito de las mismas, le esperaba el martirio por algo que desde hacía mucho había dejado de ser, si acaso alguna vez lo había sido, judía. ¿Es posible un mayor encarnizamiento del absurdo sobre un ser humano? Me he preguntado qué pasaba dentro de ella mientras, lejos de su marido y de sus hijas, aguardaba la cámara de gas. Pienso que el único consuelo, si lo tuvo, no fue soñar en la supervivencia de su obra sino que se iluminara en ella el camino de la Cruz. **U**

Irène Némirovsky, *El vino de la soledad*, traducción de José Antonio Soriano Marco, Salamandra, Barcelona, 2011, 224 pp.